

El joven D. Eladio Beltrán.  
 " " " Jesús Balvanera.  
 " " " Silvino Guerrero.  
 " Niño " Alfonso Vázquez.  
 " " " Julio Barrón.  
 " " " Camilo Mireles.  
 " " " Fortino Patiño.  
 " " " Teódulo Velázquez.  
 " " " Teodoro Velázquez.  
 " " " Encarnación Reynoso.  
 " " " Cirilo Conejo.  
 " " " Fernando González.  
 " " " Jacinto Delgado.  
 " " " Tomás Hernández.  
 " " " José Barrera.

Además los alumnos del Seminario en número de 19.

Los Sres. Adrián Gutiérrez, Jesús Padilla y Ponciano Padilla (empleados de la Colegiata) formaron parte del coro.



SERMON,  
 QUE  
 EN LA COLEGIATA DEL TEPEYAC  
 EN LA  
 SOLEMNE FUNCION

QUE CELEBRÓ

A LA

*Santísima Virgen Maria de Guadalupe*

LA DIOCESIS DE QUERETARO,  
 EL DIA 2 DE JULIO DE 1897,

PREDICO

EL SEÑOR PROVISOR CANONICO

*Sic. D. Manuel Rivera.*

---

*Se imprime con licencia del Gobierno eclesiástico  
 de Querétaro.*

---

QUERÉTARO.  
 Imprenta de la Escuela de Artes.  
 Calle Nueva, núm. 10.

1897.





„Qui me invenerit, inveniet  
vitam, et hauriet salutem a Do-  
mino: qui autem in me pecca-  
verit, laedet animam suam.“—  
Prov. cap. VIII, vs. 35 y 36.

„Quien me hallare, hallará  
la vida, y sacará la salud del  
Señor: más el que pecare con-  
tra mí, dañará á su alma.“—  
(Del Sagrado Libro de los Pro-  
verbios, cap. VIII, versos 35  
y 36.)

**L**A primera mujer que existió sobre la tierra, aque-  
lla que formada por Dios de una costilla de Adán,  
le fué dada á éste por compañera, después de la pre-  
varicación original y de la sentencia de muerte que  
el mismo Dios pronunciara contra ella, recibió el nom-  
bre de Eva ó madre de los vivientes. Con razón, mis  
amados hermanos, porque ella había de ser el tronco  
fecundísimo, de donde tenían que nacer todos los ra-  
mos que forman ese árbol corpulento de la humani-  
dad, que se halla extendido en el espacioso ámbito  
de nuestro globo. Ella había de ser el manantial de  
vida, de donde ésta se comunicara á todo hombre  
que viene á este mundo, sin que uno solo haya ó pue-



da haber, según el curso ordinario de la Providencia divina, que no le sea deudor de ese don precioso. Ella, en fin, hablando con más claridad, había de ser, como en efecto ha sido, la madre común de nuestra raza, sin excepción de ninguna especie.

Pero advertid, señores, que la maternidad de Eva no pasa los límites del orden puramente temporal, y que la vida que de ella recibimos es la de nuestro cuerpo, una vida que como la suya, está sujeta á la misma pena de muerte y no pasa más allá del sepulcro. Mas hay ó debe haber en nosotros otra vida de un orden muy superior á la que llevo dicha, ésta es la de nuestra alma, no la que procede de su propia naturaleza, sino la sobrenatural, que es vida de fe y de gracia, y esta vida, como la de nuestro cuerpo, también debe reconocer un manantial común, de donde se derive. Nosotros, como cristianos, formamos un árbol, cuyos ramos se extienden por toda la tierra, y este árbol preciosísimo exige también un tronco que lo sustente y vivifique. Nosotros constituimos una gran familia, que debe tener una madre común. Y ¿quién será ese manantial tan copioso que nos comunica la vida sobrenatural? ¿quién ese tronco que sostiene y vivifica el árbol de la Iglesia? ¿quién, por fin, esa madre tan fecunda que haya podido concebir y dar á luz tanta multitud de hijos? ¡Ah! señores, ya lo sabéis. Es una nueva Eva, de quien la primera no fué más que una semejanza y débil sombra. Es una Eva que no nos comunica, ni puede comunicarnos, más que vida y vida eterna, á diferencia de aquella otra que comunicándonos la de nuestro cuerpo, no sólo no nos pudo librar de la muerte temporal, sino antes bien, ella ha sido la causa de nuestra muerte. Es Ma-

ria á quien Jesucristo constituyó nuestra madre, cuando en medio de las penas más atroces y de las congojas más terribles le dijo desde el patíbulo de la Cruz en que se hallaba: „Mulier ecce filius tuus. Mujer, hé ahí tu hijo,“ refiriéndose en esto á su discípulo Juan, que era en aquél momento, el representante de toda la Cristiandad. De suerte que María, con toda propiedad y exactitud puede dirigir á los mortales que deseen vivir con la vida de la fe y de la gracia y con la vida de la eternidad, las palabras con que la Sabiduría increada nos convida á vivir de esa misma vida: „Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem a Domino.“ Sí, Jesucristo es la vida por esencia: „Ego sum via, veritas et vita,“; y María es la madre de esa Vida, fuente única é inagotable, de donde los Santos y la Reina de todos ellos la han recibido, es verdad; pero con la diferencia que, como lo enseñan los Padres de la Iglesia, los Santos la han recibido en grados y con cierta medida, más no así María; pues ella la recibió en su plenitud, Ave gratia plena, para tener en sí de donde comunicarla á sus hijos.

Más si estas relaciones tiene María de un modo general con la Iglesia Católica y sus hijos, de un modo especial y verdaderamente singular las tiene para con la Iglesia de México, y esto bajo su advocación de Guadalupe; por manera que María Santísima de Guadalupe es para nosotros los mexicanos, el manantial de vida, el tronco que nos comunica la sabiduría de fe y de gracia, de fe para nuestras inteligencias y de gracia para nuestros corazones y Ella es nuestra madre que nos ha dado, nos da y nos dará el ser sobrenatural, que nos haga hijos de Dios, participau-



tes de su naturaleza divina y de la vida eterna. Así es que María de Guadalupe puede decirnos, y de un modo singular, lo que á todos los cristianos: „Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem a Domino..”

Pero si es cierto que quién se aparta de Dios, no puede encontrar más que muerte y desgracia, porque siendo la única y sustancial fuente de vida, fuera de Él no puede haber sino muerte; también lo es por lo que llevo dicho, que quién se aparte de María, no puede esperar más que muerte, y que Ella puede igualmente decir á todo hombre: „Qui autem in me peccaverit, laedet animam suam..” y de consiguiente que esta misma suerte correremos los mexicanos, si por desgracia nos apartamos de nuestra Madre María de Guadalupe. Y ved aquí, señores y hermanos míos, el asunto de mi humilde discurso: considerar con vosotros, cómo México ha de ser fiel á la devoción sincera de la Santísima Virgen María de Guadalupe, si quiere vivir con la vida de la fe y de la gracia, y cómo por el contrario, perderá esa vida, si se aparta de su devoción.

Pero ¿qué podré hacer yo para conseguir mi propósito? ¿de dónde me vendrá la luz que necesito para poder hablaros convenientemente de un asunto tan importante? ¿de dónde mis palabras sacarán calor y vida para penetrar hasta el fondo de vuestras almas? Ni cómo podréis tener vosotros la docilidad necesaria para oirme con provecho, si no contamos con la gracia del Espíritu Santo? Implorémosla, pues, mis queridos hermanos, valiéndonos para conseguirla, de la poderosa mediación de nuestra amante y tierna Madre, saludándola con el Angel. Ave María.

„Qui me invenerit, inveniet vitam, et hauriet salutem a Domino: qui autem in me peccaverit, laedet animam suam..”—  
Prov. cap. VIII, vs. 35 y 36.

„Quien me hallare, hallará la vida, y sacará la salud del Señor: más el que pecare contra mí, dañará á su alma..”—  
(Del Sagrado Libro de los Proverbios, cap. VIII, versos 35 y 36).

Nada es tan cierto, como que María es la dispensadora de todas las gracias que el Señor nos quiere conceder. Así lo han entendido comúnmente los PP. y Doctores de la Iglesia; así lo enseña la misma Iglesia, cuando aplica á Ella muchos pasajes de los Libros Santos, que en su sentido propio y natural solo pertenecen á la Sabiduría increada, y cuando la honra con epítetos tan sublimes, cuales son: llamarla vida, dulzura y esperanza nuestra, causa de nuestra alegría, puerta del cielo, nuestra corredentora, y llenándola de otros mil elogios semejantes y altamente significativos, que no pueden entenderse de otro modo que admitiendo esa verdad. Así lo han entendido siempre todos los fieles, y de aquí sin duda nace esa tendencia tan natural y espontánea de todo hombre que no ha perdido la fe, aunque por otra parte sea de perversas costumbres, para amar á María, invocarla en sus aflicciones y esperar de ella su salvación.